



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10750

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 6 DE SEPTIEMBRE DE 1897

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM. 1 (Paseo de Recoletos)

### GARANTÍAS

Capital social efectivo.	Ptas.	12.000.000
Primas y reservas.		44.028.645
<b>TOTAL.</b>		<b>56.028.645</b>

33 AÑOS DE EXISTENCIA

### SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acrecienta la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros, desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 84.650.087,42

### SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Subdirección en Cartagena: Sra. Viuda de Soro y C.º, Plaza de los Caballos núm. 15

## PAPEL DEL ESTADO

Operaciones al contado y á plazo en toda clase de valores cotizables en Bolsa.

COMISIONES REDUCIDAS  
CARLO PEREZ LURBE  
E. CASTELLINI, 12

## ¿DONDE ESTA LA PACIFICACION?

El general Weyler ha salido de la Habana dispuesto a destruir el núcleo rebelde más importante de cuantos merodean por aquella provincia.

Esta noticia nos ha causado gran extrañeza.

La provincia de la Habana es una de las que primero pacificó el general Weyler, y así lo aseguró éste al gobierno. ¿Como se com-

prende ahora que haya en esa provincia núcleos de importancia tal que obliguen á salir á campaña nada menos que al primer jefe militar de Cuba?

Es cierto, como dicen algunos apreciables colegas de la prensa de Madrid, que están á la devoción del partido que gobierna, que al final de toda campaña quedan en el campo elementos que es imposible reducir; porque lejos de ser políticos, si se trata de una guerra intestina, ó patriotas, si la guerra es internacional, son ladrones, incendiarios, asesinos, gentes en fin, que no interesan nada en la suerte de aquellos á cuyo lado elejan, pero que tienen que ver mucho con los tribunales ordinarios como reos de delitos comunes sentenciados en rebeldía.

En Cuba abunda esa gente; país en el que el bandolerismo se hizo crónico, nutrió las filas rebeldes con cenefares de foragidos para los cuales fue el grito sedicioso de

Baire áncha puerta que se les ofrecía para eludir el grillete ó el patíbulo. Esas gentes no se han de acoger á indulto ni suplicarán el perdón; pues, por áncha que tengan la conciencia han de comprender que los bandos de clemencia publicados por las autoridades de Cuba no les alcanzan, porque no puede haber perdón para ellos. Obedeciendo al instinto de conservación se resistirán y lucharán vendiendo caras sus vidas; y cuando la guerra termine, volverán á su antiguo oficio dejando las jefaturas de las partidas rebeldes para capitanear cuadrillas de bandidos.

Pacificadas las provincias occidentales de Cuba, era de presumir lógicamente que no quedarían en el campo insurrecto más que cuadrillas de ladrones, de cuya persecución se encargarían la guardia civil, y algunas columnas del ejército; más lejos de eso, quien se pone en su persecución es el capitán general con grandes fuerzas militares.

¿Tanlos son los facinerosos que formaban en las filas del titulado ejército de Cuba libre ó es que la pacificación fue ilusoria?

La salida del general Weyler para combinar en la provincia de la Habana una operación contra la partida más importante de las que en aquella jurisdicción pululan no puede ser más elocuente: ella está diciendo que la provincia de la Habana no estuvo pacificada nunca. Si hubo apariencias de pacificación se desvanecieron pronto

## TUERETAZOS

En Barcelona andan preocupados con un individuo misterioso que no se sabe de dónde viene aunque se sabe adonde va.

El caso pone los pelos de punta. Se trata de un hombre que llegó y se alojó en un hotel; que no vió ni confe-

renció con nadie; que pasó solo en coche; que dijo ser peruano y redactor del periódico «La Patria» y que se embarcó después para Bilbao.

¿A que no saben ustedes qué se dice de ese hombre en Barcelona?

Que es un agente carlista, de los más empujados del estado mayor.

Las señas son mortales. ¡Alejarse en un hotel é ir á Bilbao! A ese hombre hay que hacerle la cruz.

El corresponsal de *La Correspondencia*:

«La entrevista entre Woodford y el duque de Tetuán duró media hora.»

El de *El Imparcial*:

«La visita del nuevo embajador de los Estados Unidos, al duque de Tetuán duró quince minutos y fue de pura cortesía.»

Temblemos por la información subsiguiente.

Si al uno le parece blanco lo que para el otro es negro ¿qué sacaremos en limpio?

Lo que en esta ocasión:

No saber si la conferencia ha durado media hora ó quince minutos.

Después de todo la diferencia no es importante.

Justamente la mitad.

Las autoridades inglesas han metido en la cárcel al capitán del «Laurada», por filibustería y armas al hombro del dicho capitán.

Buena lección para nuestros amigos los norteamericanos.

Pero no la aprovecharán.

Y hasta son capaces de seguir dispensando protección á los cubanos por llevarle la contraria á los ingleses.

Son muy finos los yankees.

Y en asuntos de justicia, la ley del embudo no tiene partidarios más fervientes.

Una mujer de Ciudad Real se ha presentado al juez de aquel partido denunciándole á un su pariente que falleció hace tiempo y se le aparece ahora reclamándole varias promesas.

Y, claro, el juez de Ciudad Real se ha inhibido de conocer en la querrela, porque su jurisdicción no alcanza hasta el otro mundo.

## LA RISOTADA

Una carcajada estrepitosa, no es la manifestación de una alegría interna; no es el movimiento suave de las cosas que causan placer, es un insulto á las personas y una desconsideración del lugar en donde se produce.

Yo no sé como puede verse así, con toda la boca abierta, extrepitosamente, como si fuera una exclamación salvaje ó un bufido de fiera; así es que cuando veo que alguien se ríe de esa manera, digo para mí: ¿Tendrá razón Zola? ¿Tendrá razón Darwin? ¿será este un acto que traiciona á la especie humana? porque una risotada es una grosería que goza de impunidad como otras muchas.

Una risotada en una *soirée* ó en un banquete es para echar poco menos que á puntapiés al que se atrevió á lanzarla; porque esto puede perdonarse en un círculo de calaveras ó á las puertas de un Club; pero en un salón es siempre una insolencia.

Los genios, los grandes hombres, no gastan esas risas explosivas. «Los Miserables» de Hugo, «Revan el ceño arrugado», «L'Intermezzo» de Hine, es sombrero. «El Hamlet» de Shakespeare tragico, el trator del tísico rocin de Don Quijote, produce lástima pero no risa; en cambio la risa estrepitosa de Rigoletto, es el grito de dolor más espantoso, el trator de la tempestad, es el trueno; la de la guerra, la que exhalan las bocas de fuego; la de la muerte, es silenciosa.

Para los infortunados de la vida el porvenir es una risotada, una montaña de aire que tiene el vientre abombado de mentiras.

La risotada del criminal, es livida; la del traidor, epiléptica; la de César Borgia, aquel formidable asesino que murió como un héroe del Ariosto, dicen que era biliosa; la de Catalina de Médicis, histórica; la de Nerón era una risa de canalla.

Cuando Venecia lanzó su risotada, apareció Attila fatidicamente encaramado sobre su caballo... y sucumbió Venecia.

La risa estrepitosa no es risa; la carcajada de los Dioses es titánica; la homérica es la expresión más sonora de la Grecia; la de Roma con Mesalina

CARLOS II EL HECHIZADO

746

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 747

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 750

—¿Como sea así.

—Ya veis que el negocio se presenta mejor de lo que esperábamos.

—Me inspiráis confianza. ¿Lo habéis notificado esta mañana al inquisidor?

—No.

—¿Por qué?

—Por temor de que crea que esto es una estratagemas del diablo y quiera someter el documento al Santo Oficio.

—Teneis razón amigo. ¡Pero, Dios mío! exclamó la duquesa haciéndose aire con el abanico; ahora recuerdo que he perdido un tiempo precioso. Voy á la cámara de la reina.

—Y yo parto á la del rey. Procurad que S. M. se acueste pronto para que no se aperceba de que su esposo va en pos de galantes aventuras.

—Esos corre de mi cuenta.

—Re decid que luego desayunamos.

—Nos veremos en el baile.

Los dos cortesanos se saludaron profundamente y cada cual tomó distinta dirección.

Eguía penetró en la cámara del rey.

Este se hallaba cerca del fuego, palpitante bajo el sorbelino de ideas que circulaban por su imaginación como llamas fantásticas.

Al ruido que produjo la puerta volvió rápidamente la cabeza como el niño asustado á quien sorprenden en el acto en que intenta cometer alguna travessura; pero se tranquilizó luego que conoció á su fatal consejero.

—¡Ah! no te había conocido, Eguía.

—Aquí estoy á la orden de V. M.

—¡Oh! gracias. Me encuentro contento y mortificado á la par y celebro el que te hayas aparecido.

—Los reyes, señor, replicó Eguía con refinada astucia, son los mortales mas propensos á esas rudas alternativas, inherentes á la condición humana.

—¿Lo crees así?

—Sí señor.

—¿Y qué razón tienes para ello? volvió Carlos á preguntar lanzando un suspiro.

—La mas sencilla: la mas natural.

—Explicala.

—Complaceré á V. M. La vida de un rey circunscrita al rigor de la etiqueta, á la práctica del ceremonial, á la dignidad de la persona, no disfruta de esos goces propios de la existencia común donde se encuentra mas expansión, mas libertad, mas alegría. El tiempo, monótono compañero de vuestra soledad, no anda sino se sienta al lado de vuestro sillón; quenta vuestros pasos, os conduce á vuestro lecho,

— Si señor.

—¿Pues me ha causado mas pesar?

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo disfrutar de esa fiesta.

—¿Y quién lo impide?

—El que soy rey. Tú lo has dicho: debo ser esclavo de la etiqueta del ceremonial y de la dignidad de la persona.

—Es que las circunstancias mudan para V. M. en este instante.

—¿Cómo!

—¿Olvida V. M. que escudado con la careta no se compromete su nombre?

—¡Oh! no, no: puedo ser condeido.

—Señor, vonza V. M. su timidez.

—¡Oh! no, déjame. Luego despues mi esposa...

—¿Qué?

—Podiera saberlo.

—No es posible. Acaba de decirme la duquesa de Terranova que trata de acostarse.

El rey lanzó un suspiro como un hombre que lucha consigo mismo.

—Pero cualquier indiscreción...

—¿Y quién la ha de cometer no participando nadie del secreto sino yo? Ved aquí un medio para que os divertais, para que domine V. M. esas preocupaciones que le acobardan.